

Las tierras embistiendo
 Como abordan á veces un navío,
 Y cien vastas ciudades se anegaban;
 Yo veía sus torres
 Hundirse cual de naves estrelladas
 Los mástiles con velas replegadas.



LA VOZ DEL DESENGAÑO

¿Qué tienes, corazón mío,
 qué desazón te devora,
 quién acibara esa hora
 tan amarga para ti?

Qué ¿te fastidia del día
 la luz tan clara y hermosa? —
 ¡Ay, que noche tenebrosa
 más grata me fuera á mí!

¿Qué busco yo en esa tierra
 donde nada me contenta,
 donde todo me atormenta,
 donde gimo sin cesar?

¿Es acaso un infortunio
 sueño de muerte profundo,
 y eso que llamamos *mundo*
 para siempre abandonar?

Cuanto en torno me rodea
 todo es frío, nada place,
 nada cumple y satisface
 esa desazón febril:
 yo bien oigo en torno mío

el bullicio y risotada
de esa turba abandonada
á su gozar infantil.

Mas su risa
sólo me excita tristeza;
lo que apellida belleza
mi pie pisa;
me alargan alegre mano,
es en vano;
que en mi corazón no cabe
esa alegría de juego,
que del pecho mío el fuego
ese gozo no apagara.

Bien lo sabe
la mi mente, que extraviada
recorre un espacio inmenso,
cuando pienso
que yo y cuanto me circunda
en la soledad profunda
yaceremos so una losa
en la hoya tenebrosa;
¿y no ve esa turba insana
que tal vez será mañana?

Destino triste del hombre
envuelto en obscuro abismo,
ó huir siempre de sí mismo,

ó llorar y padecer;
pero, ¿qué vale esa fuga
si nos viene á pesar nuestro
como un recuerdo siniestro
la idea de nuestro ser?

—
¿Qué son esas algazaras,
ese bullicio y orgía
que de noche en pos del día
nos convidan sin cesar?
¿No es acaso disfraz vano
con que el mundo dice: olvida
el destino de tu vida
si te quieres aliviar?

Pero, ¿qué vale el olvido
ni qué vale un sorbo frío
en el calor del estío
para calmar cruda sed,
si en medio de los festines
sale una mano terrible
nuestro destino inflexible
escribiendo en la pared?

—
¡Ay! no nos ríamos, no;
lloremos, sí, pues el llanto
tiene un apacible encanto
que calma dura crudeza;
la tristeza

á veces es también blanda
y halagüeña.
Separada de su banda
triste avecilla en la peña
posa tal vez; y su trino
es más grato y peregrino
que el gorjeo turbulento
y el destemplado chirrido,
con que fatiga el oído
turba de voces sin cuento.



LA MUERTE DEL ESCÉPTICO

¿Veis cuál cubre el sudor su ajada frente,
Cuál se agita y revuelve sin descanso
Inquieto por el lecho del dolor,
Y sus hijos sollozan tiernamente,
Y su esposa inclinada sobre el lecho
Dolorida le enjuga su sudor?
Jamás alza sus ojos hacia el cielo,
Su mirar el del crimen y la muerte,
Pesaroso suspiro tal vez lanza;
Ni en sus labios palabra de consuelo
Ni un solaz que sus penas aligere,
Todo horror sin un rayo de esperanza.
¡Acerba duda, que con mano yerta
Su corazón helaste para siempre!
¡Maldición á su orgullo y su saber!
¡Ah! la tumba á sus pies está ya abierta
Y una voz incansable le repite:
«Ó la nada ó un eterno padecer...»
Aléjate ¡insensato! de su lecho,
Endulzar quizá piensas su amargura
Hablando de infeliz celebridad.

Crees calmar la angustia de su pecho
 Enfático leyendo frágil hoja
 Que anuncia con dolor su enfermedad.
 ¿Ves? á otro lado vuelve su cabeza,
 Pesaroso te aparta con su mano,
 Le fatigas : no quiere te escuchar.

Mas opaca le cubre la tristeza,
 Mil recuerdos se agolpan á su mente
 Que le arrancan profundo suspirar.

¡Ya espiró!... y hojas mil y mil su nombre
 Con énfasis alzaban hasta el cielo,
 Sus hinchadas columnas yo leí;

Y lamentando el delirar del hombre
 Y abismado al pensar en sus destinos
 En caos asombroso me sumí.

Más de una vez... en pie... junto á su tumba
 ¡Qué ideas divagaban por mi mente!
 ¡Leve instante y en pos la eternidad!

Y á mis oídos incesante zumba
 El porvenir, cual mágico ruído,
 Ó cual muge lejana tempestad.

Y al sombrío brillar de las estrellas
 Otra vez contemplaba las cenizas
 Del hombre que su marcha calculó :

El tiempo borrará sus leves huellas,
 La yerba sepulcral cubrirá en breve
 Las vanas letras que amistad grabó.

LAS RUINAS

¿Quién impele al intrépido viajero,
 Quién le guía entre escombros polvorientos
 A pisar los recuerdos de grandeza
 De un grande pueblo? En vano le brindarais
 Con el brillo de espléndida riqueza
 Que despliega en alcázar ostentoso
 El altivo magnate;
 En vano de pensiles encantados
 El aroma oloroso,
 Los hermosos colores
 De arbustos y de flores
 Con vanidad graciosa entretrejid
 Halagan sus sentidos :
 Todo es frío para él; más le complacen
 La adusta soledad, silencio horrible
 De un montón de ruinas,
 De torre derribada hondo cimiento,
 De una antigua muralla,
 De un sepulcro, de obscuro monumento
 La confusa señal, de una vivienda
 La traza del roído pavimento;
 Tebas, la de cien puertas,
 Por la segur del tiempo destrozada,
 Sólo un recuerdo vano
 De su renombre y gloria

En colosales restos
 Del viajero presenta á la memoria.
 Nínive, la minaz, la populosa
 Ciudad, que fuera un día
 De cien pueblos señora,
 Despareció igualmente.
 Busca el viajero ahora
 Con afanoso aliento,
 Y encuentra á duras penas
 Un campo raso, inmenso, desolado
 Do la grande ciudad tuvo su asiento.
 Y la reina de oriente, maravilla
 De la tierra, el orgullo del caldeo,
 ¿Dónde está? ¿Dó sus muros anchurosos
 De gigantesca altura,
 Sus aéreos pensiles,
 Sus riquezas, su gala y hermosura?
 Sumido yace en asqueroso polvo
 De Nabuco el soberbio
 El alcázar grandioso:
 La rica galería,
 De do lanzara un día
 Á cien pueblos postrados
 Su mirada altanera y desdeñosa,
 Cercado de caudillos y magnates,
 Cubren de inmundo cieno
 Desbocadas las aguas del Eufrates.
 Allí absorbido queda
 El viajero en sombrío pensamiento;
 ¿Quién allí le guió? ¿quién le detiene?
 No se lo demandéis; es su destino,
 Es que allí siente levantarse el vuelo

Del alma conmovida;
 Allí revuelve del Autor del tiempo
 Los profundos arcanos;
 Allí, como en un piélago insondable
 Anonadados sus pensares vanos,
 Contempla con asombro
 Al necio orgullo, vanidades locas
 Del hombre miserable
 Por el soplo del tiempo disipadas,
 Cual florestas secadas
 Por el sol abrasado del estío,
 Cual troncha flaco arbusto
 El rudo empuje de huracán bravío.
 ¡Inútil forcejar del triste humano!
 Un momento del alma
 El sombrío pensar, la idea aciaga,
 Que incesante le sigue y le atormenta,
 En olvidar se esfuerza:
 En vano con placeres se embriaga
 De esplendoroso fausto;
 Del brillo de la gloria de su nombre
 En vano se rodea;
 Con impulso robusto
 Le sojuzga una mano y señorea,
 El cáliz de amargura
 En profunda tristura
 Le ofrece sin cesar:
 Cual sombra movediza le persigue,
 Se disipa, se obstina, es vano empeño:
 Más severa le muestra,
 Más adusta la faz, más torvo el ceño.

EL SABER

¿Viste jamás, ¡oh Fabio!, del humano
 Tranquilo el corazón, si pena cruda
 No le sofoca con sufrir insano,
 Ó en negro porvenir con faz sañuda
 No le amagan fatídicos temores
 Cual vapor denso con tormenta ruda?
 Si exento de amargosos sinsabores,
 Halagado por grata bienandanza
 Como el aura meciendo tiernas flores,
 Ó le sonrío amable la esperanza
 Como nube dorada se divisa
 Allá lejos en plácida bonanza,
 Si en sus labios asoma la sonrisa
 ¿Quizá crees iluso que la vierte
 Su placer? ¡Ay dolor! cansado pisa
 Blando suelo alfombrado que la suerte
 Benigna le depara, y en su pecho
 El pensar se revuelve de la muerte.
 De la vida sintiendo largo el trecho
 Quizá goza un alivio en noche oscura
 Inundando de lágrimas su lecho.

¡Cuántas veces, ¡ay Fabio!, de tristura
 Bañado el corazón, pensar sombrío
 Me asaltó de la humana criatura
 Recordando delirios, extravía,
 Quimeras, esperanzas burladoras,
 Tanto sueño de vano desvarío!
 Del placer en las copas seductoras
 Amarguísimo absintio derramado
 En grandezas creía engañadoras.
 En inmenso vacío disfrazado
 El alcázar de altísima techumbre
 Con prodigio del arte levantado,
 El acato de humilde muchedumbre,
 Los blasones, la pompa esplendorosa,
 Vanidad, desazón y pesadumbre
 Ya juzgaba, tan sólo viera hermosa
 Del saber la ilusión, que deshojada
 No estaba aún, y prendóse candorosa
 Mi alma, y sedienta en pos de su pisada
 Anduvo con afán, del esplendente
 Ropaje y hermosura deslumbrada.
 ¡Ay engaño! el saber, que á nuestra mente
 Tan rico se le muestra y halagüeño
 Con corona de luz resplandeciente,
 ¿Es acaso algo más que hermoso sueño?
 ¡Cuántos nombres! ¡qué pompa y aparato!
 ¡Cuál porfían y luchan con empeño
 Por cubrir con el velo del ornato
 El vacío, la nada que se encierra
 En el ídolo honrado con acato!
 ¡Miseros! el estruendo de la guerra
 Con que lidiáis sin tregua ni reposo

Implorando el favor del cielo y tierra ,
 ¿ Acaso no revela que engañoso
 Mucha altura y muy flaca consistencia
 Tiembla al soplo del viento el gran coloso?
 Con figuras simbólicas la ciencia
 Del Egipto los vates algún día
 Cubrían y la estúpida creencia
 Que al pueblo seducido envilecía.
 ¡ Miseria vanidad! ¿ dó el monumento
 Del saber que en misterio se envolvía?
 En mil viajes solícito y sediento
 El saber el heleno busca en vano
 Y amontona de fábulas sin cuento
 Gran caudal que él adorna con su mano ;
 Vuela alzado el renombre de la Grecia
 De la tierra al extremo más lejano.
 ¡ Grecia sabia! proclama turba necia ,
 Y ella ufana á dignísimas naciones
 Cual bárbaras las mira y las desprecia.
 Del orbe las sublimes relaciones ,
 Del hombre los secretos y natura
 Ventilán en pulidas oraciones
 Con galana agudeza y hermosura
 Cubriendo con bellezas el lenguaje
 De razones la flaca contextura :
 El gracioso atavío de su traje ,
 Su donaire cautivan los sentidos ;
 Mas, severa razón, que en su ropaje
 Descubre los disfraces escondidos,
 Las contempla con frío desagrado
 Como lazos falaces que tendidos
 Á los pasos del hombre deslumbrado

De verdad al alcázar majestuoso
 El camino mantienen atajado.
 Amanece aquel día venturoso...
 Del seno de su padre descendida
 La *Verdad* de candor el más hermoso
 Y de amable dulzura revestida
 Deslindando los bienes de los males
 El camino demuestra de la vida.
 « Amor, dice, el lazo es de los mortales,
 Su consuelo es el rayo de esperanza,
 Vanidad son las cosas terrenales,
 En la tierra la dicha no se alcanza.
 ¡ Desgraciados! seguidme, que en mi huella
 Hay la senda de eterna bienandanza. »
 No tan grata á los ojos ni tan bella
 En la noche más lóbrega y obscura
 Se presenta en el cielo clara estrella,
 Rasgada de la nube la espesura,
 Leve azul su belleza acrecentando
 Cual dolor en la faz de la hermosura :
 Y el orgullo ¡ oh ceguera! cavilando
 Odio esparce, disputas amontona,
 De disputas armando ciego bando,
 Y la lucha mortífera pregona.
 Con placer ve Satán cruda contienda
 Y atizándola astuto más la encona.
 De salud abandonan la alma senda
 Y pisado de unión precepto santo
 Que el Hijo de María recomienda,
 De la Virgen de Sión el sacro manto
 Destrozando en su orgullo, cien enseñas
 Desplegadas ondean, y entre tanto

Cual buitre, que se arroja de altas peñas
 Sobre la incauta presa que en mal hora
 Divagara en campiñas halagüeñas,
 En sus garras la estrecha y la devora.
 El ateísmo del bátratro profundo
 Arrojado con forma seductora
 Encubriendo el aspecto más inmundo
No hay Dios, clama, y en hórridos torrentes
 Inunda de catástrofes al mundo.
 ¡ Imbéciles ! ¿ no veis cuál impotentes
 Se esfuerzan en insano desvarío
 De las olas bravías y furentes
 La fuerza en domeñar ? Cual raudo río
 Que tímido arremete con pujanza
 En pos de la tormenta del estío
 Y quebrantando el dique fiero avanza,
 Arrasa el valle, tala la pradera,
 El fruto destruyendo y la esperanza ;
 Tal, roto el freno de la turba fiera,
 Se destroza en contienda fratricida,
 Y entre tanto ¡ ay dolor ! necia ceguera
 De nombres pertrechada, y bien medida
 Palabra sus frenéticos furios
 A que calme la exhorta y la convida.
 ¿ Subterráneos atruenan mil fragores
 El oído, y la tierra se estremece,
 De azares borrascosos y de horrores
 Inminente peligro siempre crece ?
 Pues mira, la balanza se equilibra
 Y ondulando muy plácida se mece
 Con leve contrapeso, apenas vibra
 Con pausa mesurada de una esfera

Cuando oscila tirante de una fibra.
 Tenaces en su estúpida quimera,
 Muy contentos se afanan á porfia
 En verter sus delirios por doquiera.
 Risa, Fabio, y desprecio movería
 Si la sangre y el llanto que á torrentes
 Inundan la infelice patria mía
 Consintiese el reír : ¿ viste de amentes
 Pilotos pobre nave dirigida
 Cual zozobra entre escollos prominentes
 De olas y tempestades combatida,
 Y ellos ¡ ciegos ! disputan vanidosos
 Del nivel de la mar embravecida ?
 Dime, Fabio, ¿ no sientes pesarosos
 Los días de esa vida infortunada
 Arrastrarse ? ¿ No envidias venturosos
 Tiempos, en que esa tierra desdichada
 Extendiera su clara nombradía
 Á la zona que está más retirada ?
 ¿ Mas, dónde estoy ? mi mente se extravía,
 Déjame que divague sin concierto...
 ¡ Es tanto lo que el pecho me oprimía !
 Lo siento y á explicártelo no acierto,
 Tú, Fabio, que vil pecho no abrigaras
 De mármol tan brillante como yerto,
 Tú me comprenderás, seránte claras
 Mis razones á ti, sombrío y triste
 Antes que yo tal vez las meditaras
 Aun recuerdo, y quizás tú revolviste
 Mil veces en tu mente aquellas horas...
 Era en la edad de sueños que reviste
 El mundo de esperanzas tentadoras.

¡ El saber ! ¡ y qué mágico ascendiente
 En el alma sus formas seductoras
 Ejercían ! del genio augusta frente,
 De cien rayos orlada esplendorosos,
 Nombre claro cual de oro la corriente
 Burlando de los siglos numerosos
 Los estragos, al par de los guerreros
 Que en hazañas se hicieran más famosos,
 Su fuego, sus arranques altaneros,
 Sus velos encumbrados, la osadía
 De marchar por levísimos senderos
 Atónito miraba noche y día,
 Y celeste visión en sombra humana
 Un momento gozar me parecía.
 ¡ Iluso ! cual fantástica peana
 De un ángel, ¿ no miraras hacia el cielo
 Levantarse ancha esfera muy lozana
 Henchida de vapores ? Rasga el velo
 Endeble el rudo viento, y desplomada
 Los destrozos esparce por el suelo.
 Del humano la ciencia tan nombrada
 Tal contemplo yo ahora entrometida,
 De blasones pomposos adornada.
 Y de efímeros triunfos engreída
 Monumentos levanta, y el torrente
 De los tiempos con recia acometida
 Los socava, los vuelca fácilmente
 Y el fruto de porfías y sudores
 Va rodando en la rápida corriente.
 Lleno un día de amargos sinsabores,
 Por doquiera tinieblas encontrando
 Ó vanos y mentidos resplandores,

El alma en cien pensares divagando,
 Débil y fatigado me sentía
 Blando sueño mis párpados cerrando.
 Sentí que sosegado me dormía,
 Sordo ruido escuchar creí al momento
 Y ancho mar descubrió mi fantasía.
 Ricas naves surcábanle sin cuento
 Y amagaba con hora procelosa
 Roncando sin cesar el raudo viento.
 Miraba desplegada la orgullosa
 Enseña de la reina del tridente,
 Que dejada del Támesis la umbrosa
 Orilla se avanzaba prepotente
 De tesoros preñada y de riqueza
 De labor y valía sorprendente.
 De los hijos del Sena la grandeza
 Mostrábase también, su soberano
 Fausto en rica y espléndida belleza,
 El hijo de Parténope, el Hispano,
 El Bátavo, la raza del Escita
 Con los hijos de Otmán, el Lusitano,
 Y el pueblo numeroso que ora habita
 De Colón las regiones do ciñera
 Su corona que el tiempo no marchita.
 En confuso tropel de la mar fiera
 Al capricho y furor abandonados,
 Medrosos, la negruzca cordillera
 Que avanzaba en torreones agrupados
 Miraban al bramido retumbante
 Del trueno estremecidos y aterrados.
 Viérades por doquiera relumbrante
 Ingenioso instrumento y aparato,

De los sabios concepto muy brillante,
 Que el arte ejecutara con ornato:
 Truena otra vez; estalla la borrasca
 Embistiendo con férvido arrebató...
 ¿Viste frágil arista cual la tasca
 Golpe del labrador, ó vaso fino
 Que de un niño la mano débil casca?
 Tal quebranta furioso torbellino
 De altas naves la máquina altanera
 Los destrozos sembrando en su camino.
 En tamaña catástrofe aun entera
 De la mar las llanuras ya bien solas
 Una nave surcaba, y la primera
 Que aguantara el embate de las olas.
 Del arte los prodigios no brillaban
 En ella ni pintadas banderolas;
 Las ondas tormentosas aun bramaban,
 Y en la nave, y en sueño sosegado
 Muchos hombres noté que reposaban
 Sin curarse del mar alborotado.
 Yo admiraba tamaña maravilla,
 Y una voz con acento reposado
 Me dijo: « si deseas á la orilla
 Llegar salvo, no temas, vas seguro,
 Duerme en paz en la pobre navecilla.»



UNA VISIÓN

FRAGMENTO

¡Lóbrega noche! ¡soledad sombría!
 Ronco trueno á lo lejos retumbaba,
 Relámpago fugaz iluminaba,
 La tierra en sombras de pavor se hundía:
 El huracán del bosque despedía
 Pálida luz que apenas alumbraba,
 ¡Y un espectro allá en medio divisaba!
 Se acerca, llega y trémulo decía:
 « ¡Oh tú, que sueñas glorias y ventura
 Á tu patria infeliz, al suelo ibero!
 Lloro, lloro raudales de amargura,
 ¡Qué llanto fué mi acento postrimero!
 Atroz guerra verás, furor, locura
 ¡Hasta romperse el postrimer acero!

.....



PREDICCIÓN

FRAGMENTO

¿Visteis acaso el colosal imperio,
 Que por siglos catorce permanece
 Con altivez en pie, cual derribado
 En el suelo yaciera, y cual ya crece
 Otro árbol que en su puesto se ha plantado?
 De ayer nacido muestra frágil rama,
 Torbellino ya brama
 Con furia en su contorno,
 Cien puntales apoyan su flaqueza,
 ¡Y hay quien crea ¡imbécil! que es un adorno!...
 ¡Ay del día fatal que con braveza
 Soplare el huracán! fragoso estruendo
 Señal será del choque tan tremendo.

Despliega sus riquezas ostentosa,
 Levanta al cielo su radiosa frente
 De los mares la reina soberana,
 Orgullosa y lozana
 Con cien pueblos que besan su peana.
 Ella mira de Tiro el poderío
 Con desdén y desvío,

De Cartago la gloria,
 De Venecia pujante
 El renombre inmortal, cuando en victoria
 Humillaba atrevida y prepotente
 El pendón musulmán con la bravura
 Hermanando riquezas y hermosura.

.....

TRADUCCIÓN

¡Ah! ¡no inspirar intentes á mi pecho
 Sueños de amor, ni le hagás padecer,
 Que el cielo tan sensible no le ha hecho
 Para amar lo que debe perecer!

.....

LA INQUIETUD

Aquí dentro de nosotros
 hay un inquieto resorte
 que, cual busca siempre el norte
 en sus giros el imán,
 así siempre nos agita
 con sinsabores secretos,
 nos mantiene siempre inquietos
 con desazonado afán.

Hasta en nuestros extravíos
 buscamos siempre una cosa,
 y nuestra alma no reposa
 en viendo su resplandor:
 afanosa va en pos de ella,
 mas una sombra la ofusca,
 el alma otra vez la busca
 con más afanoso ardor.

Y nos va siempre delante,
 huye cuando la seguimos,
 á nuestro lado la vimos,
 locos lanzamos un ¡ay!,
 pronto tendemos la mano,

ante nosotros la vemos,
 mas si tocarla queremos
 encontramos que nada hay.

Como el niño que jugando
 en aguas de fuente clara
 ve la fruta que le es cara
 retratada dentro allí;
 y también allí posado
 algún lindo pajarito
 con su plumaje exquisito
 de azul, oro y carmesí.

Mas como sea reflejo
 de algún ramaje cercano,
 el niño la busca en vano,
 arena sólo hallará;
 sus delicadas manitas
 en vano humedece y mira,
 y lloroso se retira
 porque el pájaro no está.

